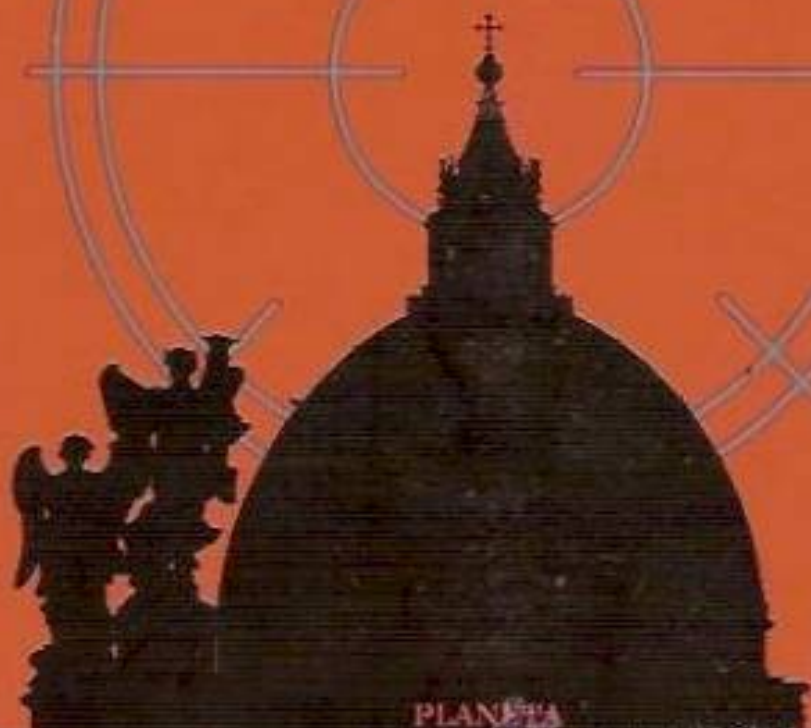


MALACHI
MARTIN

UNA CONSPIRACIÓN DIABÓLICA PARA DERIBAR AL VATICANO

EL ÚLTIMO
PAPA



PLANETA

MALACHI MARTIN

EL ÚLTIMO PAPA

La historia como prólogo: indicios del fin
1957

Los diplomáticos, acostumbrados a tiempos difíciles y a los métodos más duros en la economía, el comercio y la rivalidad internacional, no son muy propensos a los augurios. No obstante, sus perspectivas eran tan prometedoras que los seis ministros de Exteriores reunidos en Roma el 25 de marzo de 1957 consideraban que todo a su alrededor -la centralidad pétrea de la primera ciudad europea, el viento purificador, el cielo despejado y la sonrisa benigna del clima reinante- era el propio manto de la bienaventuranza que los arrojaba al colocar la primera piedra del nuevo edificio de las naciones.

Como socios en la creación de una nueva Europa, que acabaría con el conflictivo nacionalismo que tantas veces había dividido este antiguo delta, aquellos seis hombres y sus gobiernos estaban unidos por la convicción de que sus países estaban a punto de abrirse a un amplio horizonte económico y a un elevado techo político nunca contemplado hasta entonces. Estaban a punto de firmar los tratados de Roma. Estaban a punto de crear la Comunidad Económica Europea.

Hasta donde alcanzaba recientemente la memoria, sólo la muerte y la destrucción habían assolado sus capitales. Había transcurrido apenas un año desde que los soviéticos habían afirmado su determinación expansionista, con la sangre del intento de rebelión en Hungría, y el ejército soviético podía invadir Europa en cualquier momento. Nadie esperaba que Estados Unidos y su plan Marshall soportaran eternamente la carga de la construcción de la nueva Euro-

pa. Ni ningún gobierno europeo quería verse atrapado entre Estados Unidos y la Unión Soviética, en una rivalidad que sólo podía aumentar en décadas venideras.

Como si estuvieran ya acostumbrados a actuar unidos ante tal realidad, los seis ministros firmaron como fundadores de la CEE. Los tres representantes de las naciones del Benelux, porque en Bélgica, los Países Bajos y Luxemburgo era precisamente donde se había puesto a prueba la idea de una nueva Europa y se había comprobado que era cierta, o por lo menos bastante cierta. El ministro francés, porque su país sería el corazón de la nueva Europa, como siempre lo había sido de la antigua. Italia, por su condición de alma europea. Alemania occidental, porque el mundo nunca volvería a marginar a aquel país.

Y así nació la Comunidad Europea. Se felicitó a los visionarios geopolíticos que lo habían hecho posible: Robert Schuman y Jean Monnet de Francia, Konrad Adenauer de Alemania occidental y Paul Henri Spaak de Bélgica. Todo el mundo se congratulaba. Dinamarca, Irlanda y Gran Bretaña no tardarían en reconocer la sensatez de la nueva aventura. Y aunque con ayuda y paciencia, Grecia, Portugal y España acabarían también por integrarse. Evidentemente, quedaba todavía la cuestión de mantener a raya a los soviéticos, así como la de encontrar un nuevo centro de gravedad. Pero indudablemente la incipiente CEE sería la punta de lanza de la nueva Europa, si se pretendía que Europa sobreviviera.

Concluidas las firmas, las rúbricas y los brindis, llegó el momento del característico ritual romano y privilegio de los diplomáticos: una audiencia con el papa octogenario en el palacio apostólico de la colina del Vaticano.

Sentado en su tradicional trono papal, con todo el ceremonial vaticano en una engalanada sala, su santidad Pío XII recibió a los seis ministros y a sus séquitos con semblante risueño. Su acogida fue sincera. Sus comentarios, breves. Su actitud fue la de un antiguo propietario y residente en

un vasto territorio, que ofrecía algunas indicaciones a los recién llegados y residentes potenciales.

Europa, les recordó el Santo Padre, había tenido sus eras de grandeza cuando una fe común alentaba los corazones de sus pueblos. Europa, instó, podía recuperar su grandeza geopolítica, renovarse y brillar de nuevo, si lograban crear un nuevo corazón. Europa, indicó, podía forjar de nuevo una fe sobrenatural común y aglutinadora.

Interiormente, los ministros se sintieron incómodos. El papa Pío acababa de señalar la mayor de las dificultades a las que se enfrentaba la CEE en el día de su nacimiento. Bajo sus palabras se ocultaba la advertencia de que ni el socialismo democrático, ni la democracia capitalista, ni la perspectiva de una buena vida, ni la «Europa» mística de los humanistas, facilitarían el motor capaz de impulsar su sueño. En términos prácticos, su Europa carecía de un centro iluminador, de una fuerza o principio superior que la aglutinara y la impulsara. Le faltaba lo que era él.

Hechas sus advertencias, el Santo Padre hizo tres cruces en el aire para otorgarles la bendición papal tradicional. Unos pocos se arrodillaron para recibirla; otros, que permanecieron de pie, agacharon la cabeza. Sin embargo, para ellos había llegado a ser imposible relacionar al papa con el bálsamo sanador del Dios al que alegaba representar como vicario, o reconocer dicho bálsamo como único factor aglutinador capaz de sanar el alma del mundo; también eran incapaces de aceptar que los tratados económicos y políticos no pudieran adherir los corazones y las mentes de la humanidad.

No obstante, a pesar de su fragilidad, no tuvieron más remedio que sentir envidia de aquel dignatario solitario en su trono, ya que, como el belga Paul Henri Spaak comentó más adelante, el papa presidía una organización universal. Además, no era un mero representante electo de dicha organización. Era el poseedor de su poder. Su centro de gravedad.

Desde la ventana de su estudio en el tercer piso del palacio apostólico, el Santo Padre observó a los arquitectos de la nueva Europa cuando subían a sus limusinas en la plaza, a sus pies.

-¿Qué opina su santidad? ¿Puede su nueva Europa llegar a ser suficientemente fuerte para Moscú?

Pío miró a su compañero, un jesuita alemán amigo de toda la vida y confesor predilecto.

-El marxismo es todavía el enemigo, padre. Pero los anglosajones tienen la iniciativa. -En sus labios, anglosajón significaba poderío angloestadounidense-. Su Europa irá lejos. Y con celeridad. Pero el mayor día para Europa todavía no ha amanecido.

El jesuita no alcanzó a comprender la visión del papa.

-¿Qué Europa, santidad? ¿El mayor día para la Europa de quién?

-Para la Europa nacida hoy -respondió sin titubear el Santo Padre-. El día en que esta Santa Sede se sujete a la nueva Europa de diplomáticos y políticos, a la Europa centrada en Bruselas y París, aquel día comenzarán realmente los infortunios de la Iglesia -agregó, antes de volver la cabeza para contemplar de nuevo los vehículos que se alejaban por la plaza de San Pedro-. La nueva Europa tendrá su pequeño día, padre. Pero sólo un día.

1960

Nunca había estado pendiente una cuestión más prometedor, ni había tratado el papa de algo tan importante con sus colaboradores, como el asunto de la agenda papal aquella mañana de febrero de 1960. Desde su elección hacía poco más de un año, su santidad Juan XXIII -a quien no había tardado en denominarse «Juan el Bueno»- había trasladado la Santa Sede, el gobierno pontificio y la mayor parte del mundo diplomático y religioso exterior a una nueva órbita. Ahora, parecía querer levantar también el mundo.

A sus setenta y siete años en el momento de su elección, aquel individuo de aspecto campesino y bonachón

había sido elegido como papa interino, como dignatario inofensivo cuyo breve mandato serviría para ganar tiempo - cuatro o cinco años según sus previsiones- hasta encontrar al sucesor adecuado, que dirigiría la Iglesia durante la guerra fría. Pero a los pocos meses de su nombramiento y ante el asombro general, había inaugurado su reinado con la sorprendente convocatoria de un concilio ecuménico. A decir verdad, casi todos los funcionarios vaticanos, incluidos los consejeros llamados a participar en aquella reunión confidencial -en las salas pontificias del cuarto piso del palacio apostólico-, estaban sumamente atareados con los preparativos de dicho concilio.

Con la franqueza que le caracterizaba, el papa compartía sus opiniones con un puñado de hombres elegidos a tal fin: aproximadamente una docena de importantes cardenales, así como cierto número de obispos y canónigos de la Secretaría de Estado. Estaban presentes dos expertos traductores portugueses.

-Debemos tomar una decisión -declaró en tono confidencial su santidad-, y es preferible que no lo hagamos solos.

El asunto, les dijo, concernía una carta ya famosa en el mundo entero, recibida por su predecesor en el trono de san Pedro. Las circunstancias de dicha carta eran tan conocidas, prosiguió, que apenas necesitaban un mínimo esbozo.

Fátima, en otra época uno de los pueblos más desconocidos de Portugal, había saltado de pronto a la fama en 1917 como el lugar donde tres jóvenes campesinos, dos niñas y un niño, habían recibido seis visitas, o visiones, de la Virgen María. Al igual que muchos millones de católicos, los presentes en aquella sala sabían que la Virgen había confiado tres secretos a los niños de Fátima. Todos sabían también que, como lo había pronosticado el ente celestial, dos de los niños habían muerto en la infancia y sólo la mayor, Lucía, había sobrevivido. Era del conocimiento general

que Lucía, entonces monja de clausura, había revelado desde hacía mucho tiempo los dos primeros secretos de Fátima. Pero según Lucía, era la voluntad de la Virgen que fuera el papa reinante en 1960 quien diera a conocer el tercer secreto y que, simultáneamente, el mismo papa organizara una consagración mundial de «Rusia» a la Virgen María. Dicha consagración equivaldría a una condena pública a nivel mundial de la Unión Soviética.

Si dicha consagración se efectuaba, siempre según Lucía, la Virgen había prometido que «Rusia» se convertiría y dejaría de ser una amenaza. Sin embargo, si el papa reinante en 1960 no satisfacía su voluntad, «Rusia divulgaría sus errores por todas las naciones», habría mucho sufrimiento y destrucción, y la fe de la Iglesia sería tan corrupta que sólo en Portugal se conservaría intacto «el dogma de la fe».

Durante su tercera aparición en Fátima en julio de 1917, la Virgen había prometido sellar su mandato con una prueba tangible de su autenticidad como mensaje divino. El día 13 de octubre de aquel mismo año, a las doce del mediodía, haría un milagro. Y a aquella hora de aquel día, en presencia de setenta y cinco mil personas, algunas procedentes de lugares muy lejanos, incluidos periodistas y fotógrafos, científicos y escépticos, y numerosos clérigos perfectamente fiables, los niños presenciaron un milagro asombroso.

El sol violó todas las leyes naturales imaginables. Después de interrumpir un persistente chaparrón, que había dejado a todos los presentes empapados de agua y había convertido aquel remoto lugar en un auténtico cenagal, se puso a bailar literalmente en el cielo. Arrojó a la tierra un espectacular arco iris. Descendió hasta que parecía inevitable que envolvería a la multitud. Luego, con la misma presteza, regresó a su posición normal y brilló con su benevolencia acostumbrada. Todo el mundo estaba atónito. La ropa de los presentes estaba tan inmaculada como si acabara de salir de la tintorería. Nadie había sufrido ningún daño.

Todos habían visto bailar el sol, pero sólo los niños habían visto a la Virgen.

-Creo que es evidente --dijo el buen papa Juan antes de sacar un sobre de una caja, semejante en tamaño a las de cigarros, que estaba sobre una mesa junto a él-, lo primero que se debe hacer esta mañana.

Una ola de emoción embargó a sus consejeros. El motivo de su presencia era, por consiguiente, leer en privado la carta secreta de Lucía. No era una exageración afirmar que decenas de millones de personas en el mundo entero esperaban que «el papa reinante en 1960» revelara las partes del tercer secreto tan bien guardado hasta entonces y obedeciera el mandato de la Virgen. Con dicha idea presente en su mente, su santidad subrayó el significado exacto y literal del término «privado». Con la certeza de que su advertencia respecto al secreto estaba clara, el Santo Padre entregó la carta de Fátima a los traductores portugueses, que tradujeron el texto secreto de viva voz al italiano.

-Bien -dijo el papa cuando concluyó la lectura, señalando inmediatamente la decisión que prefería no tomar a solas-, debemos tener en cuenta que desde agosto de 1959 hemos mantenido unas delicadas negociaciones con la Unión Soviética. Nuestra aspiración es que por lo menos dos prelados de la Iglesia ortodoxa soviética asistan a nuestro concilio.

El papa Juan decía frecuentemente «nuestro concilio» para referirse al venidero Concilio Vaticano II.

¿Qué debía hacer?, preguntó su santidad aquella mañana. La providencia le había elegido a él como «papa reinante en 1960». Sin embargo, si obedecía lo que la hermana Lucía describía claramente como mandato de la Reina de los Cielos, si él y sus obispos declaraban pública, oficial y universalmente que «Rusia» estaba plagada de errores perniciosos, arruinaría su iniciativa soviética. Pero además de su ferviente deseo de que la Iglesia ortodoxa estuviera representada en el concilio, si el sumo pontífice utilizaba su ple-

na autoridad papal y su jerarquía para llevar a cabo el mandato de la Virgen, ello equivaldría a catalogar como criminal a la Unión Soviética y a Nikita Jruschov, su dictador marxista vigente. Arrastrados por la ira, ¿no tomarían los soviéticos represalias? ¿No sería el papa responsable de una nueva ola de persecuciones y de la muerte de millones de personas a lo largo y ancho de la Unión Soviética, sus satélites y países ocupados?

Para hacer hincapié en lo que le preocupaba, su santidad ordenó que se leyera de nuevo una parte de la carta de Fátima. Vio comprensión, y en algunos casos alarma, en todos los rostros que había a su alrededor. Si los presentes habían comprendido con tanta facilidad el pasaje clave del tercer secreto, preguntó, ¿no lo entenderían los soviéticos con la misma facilidad? ¿No extraerían del mismo la información estratégica que les otorgaría una ventaja indudable sobre el mundo libre?

-Todavía podemos celebrar nuestro concilio, pero...

No fue necesario que su santidad acabara la oración. Ahora todo estaba claro. La publicación del secreto tendría repercusiones en el mundo. Perturbaría gravemente a los gobiernos amistosos. Se enajenaría a los soviéticos por una parte y se les brindaría ayuda estratégica por otra. El buen papa debía tomar una decisión a nivel geopolítico fundamental.

Nadie dudaba de la buena fe de la hermana Lucía, pero varios consejeros señalaron que habían transcurrido casi veinte años desde 1917, cuando había oído las palabras de la Virgen, y el momento de escribir la carta, a mitad de los años treinta. ¿Qué garantía tenía el Santo Padre de que el tiempo no le había ofuscado la memoria? ¿Y qué garantía existía de que tres jóvenes campesinos analfabetos, ninguno de los cuales llegaba en aquella época a los doce años, hubieran transmitido con precisión un mensaje tan complejo? ¿No podía haber entrado en juego cierta fantasía infantil preliteral? Tropas de la Unión Soviética habían penetrado en España para participar en la guerra civil y lu-

chaban a escasos kilómetros del lugar donde Lucía había escrito su carta. ¿No habría influido en las palabras de Lucía su propio miedo de los soviéticos?

Emergió una voz discrepante en el consenso que se formaba. Un cardenal, jesuita alemán amigo y confesor predilecto del papa hasta el último momento, no pudo guardar silencio ante tal degradación del papel de la intervención divina. Una cosa era que ministros de gobiernos seculares abandonaran los aspectos prácticos de la fe, pero con toda seguridad era claramente inaceptable que también lo hicieran unos clérigos encargados de asesorar al Santo Padre.

-La decisión que aquí se debe tomar -declaró el jesuita- es simple y *prima facie*. O bien aceptamos esta carta, obedecemos sus instrucciones y esperamos luego sus consecuencias, o sinceramente la rechazamos. Olvidamos el asunto. Guardamos la carta en secreto como reliquia histórica, seguimos como hasta ahora y, por decisión propia, nos desprendemos de una protección especial. Pero que ninguno de los presentes dude de que hablamos del destino de la fe de la humanidad.

A pesar de la confianza que a su santidad le inspiraban la experiencia y la lealtad del cardenal jesuita, la decisión fue desfavorable para Fátima.

-*Questo non é per i nostri tempi* (Esto no es para nuestros tiempos) -dijo el Santo Padre.

A los pocos días, el cardenal leyó en los periódicos el breve comunicado de la Oficina de Prensa del Vaticano. Sus palabras quedarían grabadas permanentemente en su mente, como desobediencia rotunda a la voluntad divina.

Por el bien de la Iglesia y el bienestar de la humanidad, decía el comunicado, la Santa Sede ha decidido no publicar en este momento el texto del tercer secreto. «...La decisión del Vaticano se apoya en varias razones. Primera: la hermana Lucía vive todavía. Segunda: el Vaticano conoce ya el contenido de la carta. Tercera: a pesar de que la Iglesia reconoce las apariciones de Fátima, no se compromete a ga-

rantizar la veracidad de las palabras que tres pequeños pastores aseguran haber oído de Nuestra Señora. Ante tales circunstancias, es sumamente probable que el secreto de Fátima permanezca permanentemente sellado.»

-*Ci vedremo* (Ya lo veremos) -dijo el cardenal, después de leer el comunicado.

Conocía el procedimiento. La Santa Sede intercambiaría unas palabras amistosas con Nikita Jruschov, y el sumo pontífice celebraría su concilio, al que asistirían los preladados ortodoxos de la Unión Soviética. Pero quedaba por responder si su santidad, el Vaticano y la Iglesia padecerían ahora las consecuencias prometidas por Fátima.

O para planteado en términos geopolíticos, la pregunta era si la Santa Sede se había sometido a «la nueva Europa de los diplomáticos y los políticos», como lo había pronosticado el predecesor del buen papa.

-En aquel momento -había declarado el caduco anciano-, empezarán realmente los infortunios de la Iglesia.

-Ya lo veremos.

De momento, al cardenal no le quedaba más remedio que aceptar los acontecimientos. De un modo u otro, era sólo cuestión de tiempo.

1963

El entronamiento del arcángel caído Lucifer tuvo lugar en los confines de la ciudadela católica romana el 29 de junio de 1963, fecha indicada para la promesa histórica a punto de convertirse en realidad. Como bien sabían los principales agentes de dicha ceremonia, la tradición satánica había pronosticado desde hacía mucho tiempo que la Hora del Príncipe llegaría en el momento en que un papa tomara el nombre del apóstol Pablo. Dicha condición, el indicio de que el «tiempo propicio» había empezado, acababa de cumplirse hacía ocho días con la elección del último sucesor de san Pedro.

Apenas habían dispuesto de tiempo para los complejos preparativos desde la finalización del cónclave pontificio,

pero el tribunal supremo había decidido que no podía haber otra fecha más indicada para el entronamiento del príncipe que el día en que se celebraba la fiesta de ambos príncipes san Pedro y san Pablo, en la ciudadela. Y no podía haber lugar más idóneo que la propia capilla de San Pablo, situada como estaba tan cerca del palacio apostólico.

La complejidad de los preparativos se debía primordialmente a la naturaleza de la ceremonia. Las medidas de seguridad eran tan rígidas en el grupo de edificios vaticanos, entre los que se encuentra dicha histórica capilla, que los actos ceremoniales no podían pasar en modo alguno inadvertidas. Si se proponían alcanzar su objetivo, si el ascenso al trono del príncipe debía efectivamente realizarse en el «tiempo propicio», todos los elementos de la celebración del sacrificio del calvario serían trastornados por la otra celebración opuesta. Lo sagrado debería ser profano. Lo profano, adorado. A la representación no sangrienta del sacrificio del débil innominado en la cruz, debería sustituirla la violación suprema y sangrienta del propio innominado. La culpa debería aceptarse como inocencia. El dolor debería producir goce. La gracia, el arrepentimiento y el perdón debían ahogarse en la orgía de sus contrarios. Y todo debía hacerse sin cometer errores. La secuencia de acontecimientos, el significado de las palabras y las acciones, debían constituir en su conjunto la perfecta representación del sacrilegio, el máximo rito de la traición.

El delicado asunto se puso enteramente en las experimentadas manos del guardián de confianza del príncipe en Roma. Aquel prelado de expresión pétrea y lengua viperina, además de experto en la compleja liturgia de la Iglesia romana, era sobre todo un maestro del ceremonial del príncipe del fuego y la oscuridad. Sabía que el objetivo inmediato de toda ceremonia consistía en venerar «la abominación de la desolación». Pero el siguiente objetivo debía ser ahora el de oponerse al débil innominado en su propia fortaleza, ocupar la ciudadela del débil durante el «tiempo

propicio», para asegurar el ascenso del príncipe en la misma con una fuerza irresistible, suplantar al guardián de la ciudadela y tomar plena posesión de las llaves confiadas por el débil al guardián.

El guardián se enfrentó directamente al problema de la seguridad. Elementos tan discretos como el pentagrama, las velas negras y los paños apropiados podían formar parte de la ceremonia romana. Pero las demás rúbricas, como por ejemplo la vasija de huesos y el estrépito ritual, o la víctima y los animales del sacrificio, serían excesivas. Debería celebrarse un entronamiento paralelo. Se alcanzaría el mismo efecto con una concelebración por parte de los «hermanos» en una capilla transmisora autorizada. A condición de que los participantes en ambos lugares «dirigieran» todo elemento de la ceremonia a la capilla romana, la ceremonia en su conjunto alcanzaría su objetivo específico. Todo sería cuestión de unanimidad de corazones, identidad de intención y sincronización perfecta de actos y palabras en la capilla emisora y en la receptora. Las voluntades y las mentes de los participantes, concentrados en el objetivo específico del príncipe, trascenderían toda distancia.

Para una persona tan experimentada como el guardián, la elección de una capilla emisora era fácil. Bastaba con una llamada telefónica a Estados Unidos. A lo largo de los años, los adeptos del príncipe en Roma habían desarrollado una impecable unanimidad de corazón y una inquebrantable identidad de intención con el amigo del guardián, Leo, obispo de la capilla en Carolina del Sur.

Leo no era su nombre, sino su descripción. Sobre su gran cabeza lucía una frondosa cabellera plateada, para todo el mundo semejante a la melena de un león. En los cuarenta años aproximadamente desde que su excelencia había fundado su capilla, la cantidad y categoría social de los participantes que había atraído, la pundonorosa blasfemia de sus ceremonias y su frecuente disposición a cooperar con quienes compartían su punto de vista y sus últimos ob-

jetivos habían establecido hasta tal punto la superioridad de su parroquia que ahora era ampliamente admirada entre los iniciados como la «capilla madre» en Estados Unidos.

La noticia de que dicha capilla había sido autorizada como capilla emisora para un acontecimiento de tanta importancia como el entronamiento del príncipe en el corazón de la ciudadela romana se recibió con sumo júbilo. Además, los amplios conocimientos litúrgicos y la gran experiencia de Leo permitieron ahorrar mucho tiempo. No fue necesario, por ejemplo, evaluar su apreciación de los principios contradictorios sobre los que se estructuraba toda adoración del arcángel. Ni dudar de su deseo de aplicar a aquella batalla la estrategia definitiva, destinada a acabar con la Iglesia católica romana como institución pontificia, desde su fundación por el débil innominado.

No era siquiera necesario explicar que el último objetivo no era el de aniquilar la organización católica romana. Leo comprendía lo poco inteligente y la pérdida de tiempo que eso supondría. Era decididamente preferible convertir dicha organización en algo verdaderamente útil, homogeneizarla y asimilarla a una gran orden mundial de asuntos humanos; limitarla a objetivos única y exclusivamente humanistas.

El guardián y el obispo estadounidenses, ambos expertos y con los mismos criterios, redujeron sus preparativos para la ceremonia a una lista de nombres y un inventario de las rúbricas.

La lista de nombres del guardián que asistirían a la capilla romana la componían hombres de gran talante: clérigos de alto rango e importantes seculares, verdaderos servidores del príncipe en el interior de la ciudadela. Algunos habían sido elegidos, introducidos, formados y promocionados en la falange romana a lo largo de varias décadas, mientras que otros representaban la nueva generación destinada a promulgar la agenda del príncipe durante las décadas venideras. Todos comprendían la necesidad de permanecer ina-

dvertidas, ya que la regla dice: «La garantía de nuestro mañana se basa en la convicción actual de que no existimos.» La lista de participantes de Leo, distinguidos hombres y mujeres en la vida social, los negocios y el gobierno, era tan impresionante como el guardián esperaba. Pero la víctima, una niña, su excelencia afirmó que constituiría un auténtico galardón para la violación de la inocencia.

El inventario de las rúbricas necesarias para la ceremonia paralela se centró principalmente en los elementos que no podían utilizarse en Roma. En la capilla emisora de Leo deberían encontrarse los frascos de tierra, aire, fuego y agua. Comprobado. El osario. Comprobado. Los pilares rojo y negro. Comprobado. El escudo. Comprobado. Los animales. Comprobado. Y así sucesivamente. Comprobado. Comprobado.

La sincronización de las ceremonias en ambas capillas era algo con lo que Leo ya estaba familiarizado. Como de costumbre, se imprimirían unos fascículos, irreligiosamente denominados misales, para el uso de los participantes en ambas capillas y, también como de costumbre, estarían redactados en un latín impecable. Se establecería una comunicación telefónica entre mensajeros ceremoniales en ambas capillas, a fin de que los participantes pudieran desempeñar sus funciones en perfecta armonía con sus hermanos.

Durante el acontecimiento, los latidos del corazón de los participantes deberían estar perfectamente sintonizados con el odio, no el amor. Debería alcanzarse plenamente la gratificación del dolor y la consumación, bajo la dirección de Leo en la capilla emisora. El honor de coordinar la autorización, las instrucciones y las pruebas, elementos definitivos y culminantes de esa peculiar celebración, correspondería al propio guardián en el Vaticano.

Por fin, si todo el mundo cumplía exactamente lo previsto por la regla, el príncipe consumaría por fin su más antigua venganza contra el débil, el enemigo despiadado que a lo largo de los tiempos se había fingido el más misericordioso.